

La pedagogía como saber: un examen a las posturas de Emilio Durkheim y John Dewey

José Darío Herrera
Universidad de los Andes
jd.herrera@uniandes.edu.co

Introducción

El estatuto de saber de la pedagogía no es claro. Tradicionalmente se ha asociado a una ciencia aplicada (Mialeret, 1985; Dewey, 2015) y en no pocas ocasiones se vincula al saber práctico que tiene su propia autonomía frente al saber teórico (Carr, 2006; Kemmis, 2016; Herrera, 2010, 2018). A veces, se le confunde con la educación (Abbagnano y Visalverghi, 1994; Gadotti, 2002), y en otras se hace equivalente al saber sobre la enseñanza (Zuluaga 1999). En el presente trabajo se hace un análisis de las posturas fundantes del sociólogo francés Emilio Durkheim (1979) y del filósofo norteamericano John Dewey (2015)¹, ambos van a repercutir significativamente en la comprensión que hoy tenemos de la pedagogía y su relación o equivalencia con las ciencias de la educación.

La pedagogía en Durkheim

Como se sabe Emilio Durkheim fue uno de los fundadores de la sociología, principalmente en el ámbito francés. A nosotros hoy día puede resultarnos curioso que un hombre al que generalmente se le asocia con las reglas del método científico, haya dedicado casi dos terceras partes de su enseñanza a la enseñanza de la pedagogía. Resulta más extraño si tenemos en mente nuestra idea, más o menos formada, de que la pedagogía es la acción que desarrollamos con los estudiantes en las aulas de clase.

¿Por qué un sociólogo interesado en desarrollar los conceptos fundantes de su disciplina y al tiempo preocupado por establecer para las ciencias sociales un paradigma científico similar al de las ciencias naturales – de ahí su preocupación por el método- mostró tanta preocupación por la pedagogía?

¹ Los números en paréntesis después de las citas de Durkheim y Dewey corresponden a las páginas de las obras consultadas en cada caso para cada autor.



Para Durkheim, como para muchos autores de su época, la distinción entre los términos educación y pedagogía resulta muy oportuna para diferenciar dos ámbitos de preocupaciones que corresponden en sentido estricto a la distinción moderna entre teoría y práctica.

Al respecto vale la pena una aclaración. La distinción moderna entre teoría y práctica le asigna a la segunda un rol bastante instrumental que no hace justicia con lo que los griegos llamaban saber práctico. Esta misma distinción entre teoría como lo más elaborado, lo expresado conceptualmente, lo definido y delimitado de manera clara y diferente, ubica a la práctica como el lugar de aplicación de la teoría, el lugar de lo desordenado, de lo no pensado conceptualmente, no hay en la práctica modelación alguna y más bien la práctica educativa responde, como dirá Mialaret (1985) al carácter y personalidad de cada profesor. Hoy día decimos -todavía- que cada práctica es resultado del estilo del profesor. Hay tantas prácticas como practicantes de la enseñanza, no hay dos prácticas iguales, etc., etc.

La diferencia entre teoría y práctica posiciona a la primera -piensen ustedes en comienzos del siglo XX, pero aún hoy día- como la depositaria del conocimiento, de la objetividad, mientras que, a la segunda, a la práctica, como el lugar de la opinión y las percepciones, como el lugar de la subjetividad.

Con esto en mente nos queda más fácil abordar la comprensión que tiene Durkheim de la pedagogía y entender por qué llega a ella.

Para él, la educación es la acción práctica que los educadores y la sociedad en general hacen sobre los recién llegados a la cultura. Toda cultura tiene formas de transmisión de sus modos de resolver la vida y esos modos son vitales para la supervivencia y conservación de cada comunidad. Abbagnano y Visalverghi, en su *Historia de la pedagogía* hacen una distinción entre sociedades primarias y sociedades secundarias (las llamadas civilizadas). Allí explican cómo tanto unas como otras crean modos de transmisión de las formas específicas en las que cada cultura se ve a sí misma, así como del horizonte al que quiere llegar. Los individuos se forman de esta manera en múltiples espacios (dispositivos diríamos con Foucault, 2008) que van dando las comprensiones y herramientas necesarias para no sólo adaptarse sino para reproducir la cultura específica.

Si esta es la educación, grosso modo, ¿qué es la pedagogía?



Para Durkheim en una primera aproximación, que no va a ser la definitiva como lo veremos, la pedagogía es la teoría que modela y prescribe los modos de enseñanza. Leamos a Durkheim (1979):

“Se han confundido con frecuencia las dos palabras educación y pedagogía, que piden, sin embargo, la más escrupulosa distinción. La educación es la acción ejercida sobre los niños por los padres y los maestros. Esta acción es de todos los instantes, y es general. No hay periodo, en la vida social (...) en que las generaciones jóvenes no estén en contacto con sus mayores, y en que, por consiguiente, no reciban de estos el influjo educador” (p. 99). Esta acción, además, no siempre es intencionada. Mucho antes de la invención del currículo oculto, Durkheim afirma: “Hay una educación inconsciente que no cesa jamás”.

Con la pedagogía, prosigue el sociólogo francés, “las cosas pasan muy diversamente. Esta consiste, no en acciones, sino en teorías. Estas teorías **son maneras de concebir la educación, no maneras de practicarlas** (subrayado nuestro). En ocasiones se distingue de las prácticas al uso, a tal punto que hasta se oponen a ellas. La pedagogía de Rabelais, la de Rousseau o la de Pestalozzi, están en oposición con la educación de su tiempo” (Durkheim, 1979, p. 100).

La distinción que hace Durkheim es bastante clara pero no deja de ser problemática. En su propuesta podemos ver la clara intención de darle a la pedagogía el estatuto de ciencia -justo por eso la enseñaba con tanta dedicación-. Toda ciencia se compone de teorías y, para el caso de la pedagogía esas teorías son modelos, “manera de concebir” la educación. Pero ya a finales del siglo XIX el término teoría venía siendo definido desde el paradigma de las ciencias naturales, más como explicación que como prescripción de las prácticas morales. Durkheim mismo va a derivar su definición hacia este sentido.

Un siglo después nos queda un tanto difícil entender a la pedagogía como teoría, y si le hacemos caso a Wilfred Carr (2006), podríamos decir que, incluso, los autores citados por Durkheim tampoco concebían lo que estaban proponiendo, en sentido estricto, como una teoría. Pero ello no quita que para el sociólogo francés existiera un campo específico de nuestro pensamiento y de nuestra reflexión sobre la educación que se ocupa de pensar la enseñanza de manera sistemática.



Los filósofos alemanes, Herbart (1914) entre ellos, también reclamaron para la pedagogía su estatuto de ciencia en la medida en que consideraron que la reflexión sistemática y rigurosa, expresada conceptualmente y soportada en finalidades de carácter ético, compartidas por todos, no tenía nada que envidiarle las ciencias sociales o a las ciencias naturales como campo de saber.

No existía a comienzos del siglo XX todavía la idea de unas ciencias de la educación, en plural, y si más bien la idea de darle a la reflexión sobre la educación un carácter científico que le brindara un estatuto igual de serio al de las ciencias sociales y humanas.

Este creo yo, fue el esfuerzo de Durkheim, de Herbart y de tantos otros.

El principal problema con la distinción que hace Durkheim es que aleja a la pedagogía de las prácticas. Como toda teoría digna de ese nombre, sólo logra garantizar su generalidad, universalidad y objetividad -todos ideales decimonónicos que llegan hasta nuestros días-, alejándose de la práctica. Desde este punto de vista, el enunciado más problemático de Durkheim es allí donde afirma que la pedagogía es una “forma de concebir la educación, no una forma de practicarla”. Parece incluso contradecirse, cuando líneas más abajo, habla de que la pedagogía no existe en todos los pueblos y cuya aparición puede ubicarse con mediana claridad en Grecia. Cita a filósofos, y en esto sigo nuevamente a Carr (2000; 2006), para quienes sus planteamientos estaban estrechamente ligados a sus prácticas filosóficas que eran, al tiempo, prácticas de enseñanza (no concebían sus planteamientos como teorías). Platón, por poner un solo ejemplo jamás separó su idea de la enseñanza de su propia práctica filosófica. ¡Al revés! Se nutría justamente de ella y a la vez la reflexión la definía justamente como filosofía.

Es muy complejo intentar trasladarse a otras épocas con los conceptos de los que disponemos ahora, pero resulta claro que la distinción entre teoría y práctica hecha a finales del siglo XIX y comienzos del XX y de la cual está imbuido Durkheim no hace justicia a las tradiciones pedagógicas y filosóficas que, por el contrario, siempre se han planteado la práctica como lugar de saber. Por ello si bien la distinción parece ser clara, el criterio de la distinción no lo es.



Esto no le quita, por supuesto, mérito al esfuerzo por hacer de la conceptualización sobre la educación una ciencia en una época en que la legitimidad de todo conocimiento pasaba por el baremo del modelo venido de las ciencias naturales (aún hoy día).

Miremos más de cerca la propuesta de Durkheim y detengámonos un momento en su idea de ciencia y en cómo cree él que las condiciones de este tipo de conocimiento las cumple la pedagogía. Sólo así podremos definir con mayor rigor lo que es la pedagogía para el sociólogo francés.

“En efecto, para que pueda llamarse ciencia a un conjunto de estudios, se necesita, y es suficiente, que estos presenten los caracteres siguientes:

1. Hace falta que versen sobre hechos adquiridos, ofrecidos a la observación. (...)
2. Hace falta que estos hechos presenten entre sí la suficiente homogeneidad para que se les pueda clasificar en una misma categoría. Si fueran irreductibles los unos frente a los otros, habría no una ciencia, sino tantas ciencias diferentes como especies distintas de cosas que estudiar. (...)
3. Estos hechos los estudia la ciencia para conocerlos, y sólo para conocerlos, de una manera puramente desinteresada (...) poco importa, en efecto, que el sabio se aplique a constituir tipos, más bien que a descubrir leyes, que se limite a describir o, más bien, que trate de explicar” (Durkheim, 1979, pp.101-102).

Tres son pues las condiciones: 1. hechos observables, 2. con cierto nivel de homogeneización y susceptibles de ser explicados, 3, descritos o agrupados en tipos. ¿A qué hechos educativos podemos aplicarles estos tres criterios? Responder esta pregunta configura para Durkheim, el objeto de la pedagogía como ciencia.

Una vez precisados los tres criterios, y después de ampliar un poco más aquella posición desinteresada del científico (tan recurrente a inicios del siglo XX) Durkheim (1979) afirma: “no hay razón para que la educación no venga a ser objeto de una investigación que satisfaga a todas estas condiciones y que, por consecuencia, presente todos los caracteres de una ciencia” (p. 103). Y sin recordar que previamente ha desligado la teoría de las prácticas afirmando como ya lo vimos que la pedagogía puede darse incluso en contravía a “las prácticas al uso”, no tiene problema en afirmar:

“En efecto, la educación usada en una determinada sociedad y considerada en un momento determinado de su evolución, **es un conjunto de prácticas, de maneras de hacer, de costumbres, que constituyen hechos perfectamente definidos y que tienen la misma realidad de los otros hechos sociales** (negrilla nuestra). Las prácticas no son como se ha creído durante mucho tiempo, combinaciones más o menos arbitrarias y artificiales, que no deben su existencia sino al influjo caprichoso, de voluntades siempre contingentes. Constituyen, por el contrario, verdaderas instituciones sociales. No existe ningún hombre que pueda hacer que una sociedad tenga, en un momento dado, un sistema de educación diferente de aquel que su estructura supone (...)” (Durkheim, 1979, p.103).

A pesar suyo, Durkheim ubica a las prácticas educativas como el objeto de estudio de la pedagogía. Y muy intencionadamente, desde la perspectiva del conjunto de fenómenos que la sociología se ocupa de estudiar, Durkheim destaca la estrecha relación que una práctica cualquiera tiene con las costumbres de la cultura. Estudiar esas costumbres destacando sus estructuras y reglas de estructuración, son el objeto de la pedagogía. No existe pedagogía sin prácticas, no existe reflexión, clasificación, teorización, explicación posible sin detenerse a observar las prácticas. En el caso de la pedagogía, la teoría que explica la educación sólo puede definirse y establecerse a partir del estudio juicioso de las prácticas educativas.

Lejos hemos quedado de la reflexión conceptual, sistemática o no, pero ajena a la observación como criterio fundamental de lo que conocemos como ciencia. Rousseau, Pestalozzi o cualquier otro que propusiera grandes ideales para la educación de las nuevas generaciones no podrían pasar por el tamiz de la observación. Estamos pues en pleno auge de lo que otro francés, Augusto Comte, llamó el espíritu positivo.

El conjunto de prácticas y costumbres es objetivable como cualquier hecho social, afirma Durkheim. Este conjunto puede verse, puede establecerse y medirse en la medida en que las prácticas y costumbres no son singulares, ni contextuales, ni mucho menos contingentes. Hay algo en ellas, algo que comparten y que, por lo mismo, trasciende la contingencia propia de la vida humana. Aquello colectivo que trasciende cada práctica en particular viene siendo para Durkheim, *el hecho social*. “Del mismo modo estamos sumergidos en una atmosfera de ideas y de sentimientos colectivos que no podemos modificar a nuestro gusto, y sobre ideas y sentimientos de este género es sobre lo que apoyan las prácticas educativas” (Durkheim, 1979, p. 104). Este conjunto de costumbres explica en buena medida nuestras prácticas, pero no por



ello, agotan toda la reflexión y análisis de estas. Cada ciencia puede decir lo mismo de su objeto aplicado al fenómeno educativo.

El fenómeno educativo es muy bien sintetizado por Durkheim cuando afirma “Todas las prácticas educativas, sean cuales fueren, cualquiera que sea la diferencia existente entre ellas, tienen en común un carácter esencial: resultan todas de la acción ejercida por una generación sobre la generación siguiente, en vista de adaptar esta al medio social en que está llamada a vivir” (Durkheim, 1979, p. 105). Cada ciencia puede definir en ese fenómeno, su objeto de estudio.

Piénsese por ejemplo en el desarrollo cognitivo o en la economía de la educación. Estas ciencias también pueden determinar sus hechos observables, medibles incluso, susceptibles de ser descritos, y asumir, sin ninguna crítica a su propio marco de comprensión que esos objetos “explican” las prácticas.

Ahora bien, ¿la suma de los objetos de las distintas ciencias que se ocupan del fenómeno educativo configura el campo de saber que llamamos pedagogía? esta idea va a tener mucha acogida hasta el día de hoy. Para una tradición que se remonta a Dewey y que veremos a continuación, los datos de las ciencias configuran lo que el filósofo norteamericano va a llamar las ciencias de la educación. Por lo pronto, para Durkheim, la pedagogía es la reflexión y el análisis sociológico de las reglas e instituciones sociales que son la base de nuestras prácticas de educación de las nuevas generaciones.

Más allá de si estamos o no de acuerdo con Durkheim, es de suma importancia precisar esto: para el cuerpo de conocimientos que se ocupan de la educación, el cumplimiento de los tres criterios enunciados por el sociólogo francés parece seguir siendo el ideal. Piénsese por ejemplo en la educación comparada tan de moda en estos días, o en la psicología del desarrollo y en las actuales ciencias del aprendizaje: hechos observables, con relativo nivel de homogeneización y susceptibles de comprensión científica (descripción, clasificación o explicación).

Para Durkheim la pedagogía es la ciencia de la educación, pues se ocupa de teorizar las prácticas educativas. Pero este teorizar consiste en explicar las prácticas educativas a partir de

las costumbres y reglas sociales de una época, es decir, a partir de las instituciones que estructuran y explican las prácticas educativas.

¿Abusó Durkheim del término pedagogía? ¿Confundió la sociología de la educación, el análisis de las instituciones sociales que se ocupan de la educación, con lo que desde los griegos se dio en llamar *paideia*, la crianza de los recién llegados?, ¿olvida algo Durkheim, algo que sería distintivo de la pedagogía como saber y que imposibilitaría su reducción a la sociología de la educación? No podemos dirimir esto sin antes echar un vistazo a otras formas de concebir a la pedagogía.

La pedagogía en Dewey

En su libro *Las fuentes de la ciencia de la educación*, John Dewey usa la palabra pedagogía sólo una vez. Cuando viene hablando de hacer más inteligente e informada la práctica educativa, que es, como se sabe, una de las justificaciones más importantes para hacer ciencia de la educación, Dewey se pregunta:

“¿Cuáles son los métodos que hacen que la función educativa, en todos sus ámbitos y fases -selección del material educativo, métodos de instrucción y disciplina, organización y administración de las escuelas-, pueda ser conducida con un incremento sistemático de control y comprensión inteligentes? ¿Cuáles son los materiales que podemos -y debemos- usar para que las actividades educativas puedan llegar a ser en menor medida fruto de la rutina, la tradición, el accidente y las influencias transitorias accidentales? ¿A qué fuentes acudir para que haya un desarrollo constante y acumulativo de perspectiva inteligente y comunicable y de capacidad de dirección?” (Dewey, 2015, pp. 4-5)

Y sin responder aún, pues este es el contenido de todo su libro, prosigue diciendo:

“He aquí la respuesta a aquellos que desacreditan el estudio pedagógico arguyendo que el éxito en la enseñanza y en la dirección moral de los alumnos no está, con frecuencia, relacionado de forma directamente proporcional con el conocimiento de principios educativos” (Dewey, 2015, pp. 5).

Dewey está respondiendo a una muy común opinión de quienes piensan que la acción educativa poco tiene que ver con el conocimiento de teorías generales, que poco tiene que ver con teorías provenientes de lo él llama las fuentes de la ciencia de la educación (así en singular). En efecto, muchas personas pueden pensar que la enseñanza no tiene que ver con el conocimiento o el dominio de teorías provenientes de la psicología, la sociología o la filosofía de la educación. Dewey parece plantear que se equivocan quienes así piensan, pues la única manera de hacer que la práctica, acción o función educativa sobre los niños no caiga en la rutina, en el accidente, en las influencias transitorias -como él las llama- es apelando a los avances de las ciencias y su utilidad para el acto educativo. Este es pues, si mi interpretación es correcta, el objeto de los estudios pedagógicos.

La pedagogía vendría a ser así la reflexión, estudio y relación de las teorías provenientes de las ciencias sociales y humanas principalmente, pero también naturales, al campo específico de la enseñanza. Es muy importante entender el concepto de “aplicación” de las teorías científicas al campo educativo para no caer en un abuso frente a las posturas de Dewey.

En efecto, en mucho de los apartados de su texto, Dewey aclara que la relación entre una teoría y un contexto particular de enseñanza no es la mera adopción de fórmulas generales a casos específicos. La razón de esta imposibilidad de adopción directa radica, en algunos casos, en lo poco desarrolladas que a su juicio están algunas ciencias, pero en otros, y con mayor frecuencia en que sólo el profesor conoce directamente su práctica y a quienes está dirigida. Esta contextualización o uso práctico de las teorías tiene que ver más con ampliar el campo de comprensión de los enseñantes y de las directivas escolares que con la aplicación acrítica de las teorías a todos los casos. Profesores mejores informados toman decisiones más inteligentes. Esa es la consigna de Dewey. Y este el propósito de los estudios pedagógicos.

Aclaremos esto un poco más.

La ciencia para Dewey (2015) consiste en “la existencia de unos métodos de investigación sistemáticos, que cuando son aplicados a una variedad de hechos, nos permiten entenderlos mejor y controlarlos de una forma más inteligente, menos casual y menos rutinaria” (p. 4). La aplicación dista mucho de la mera adopción acrítica. La aplicación se da cuando los resultados de las ciencias nos permiten comprender mejor lo que ocurre en las aulas o en las instituciones educativas. No es una mera adopción. La acción del educador no se reduce a

aplicación de normas “uniformemente adoptadas”, es, también el examen de su pertinencia para guiar o no la acción educativa. En esto radica para Dewey que la educación sea también un arte. Podría decirse, el arte de saber aplicar las teorías para una mejor comprensión e inteligibilidad del acto educativo. En últimas, la ciencia de la educación está en la mente de los profesores, “no se encuentra en libros, ni en laboratorios de experimentación, ni en las aulas donde se enseña, sino en la mente de aquellos comprometidos con la dirección de actividades educativas” (Dewey, 2015, p. 21).

Los ejemplos de aplicación de las ciencias en la educación son abundantes. Saber sobre el desarrollo diferenciado de hombres y mujeres, sobre las condiciones que influyen o no en el éxito de las relaciones interpersonales, sobre las teorías del desarrollo cognitivo, todo ello, mejora la comprensión y en consecuencia hace más inteligente el acto educativo: “el profesor que realmente conozca (estos hechos) verá cambiada su actitud personal: estará en alerta para poder hacer algunas observaciones que, de otro modo, se le escaparían; será capaz de interpretar algunos hechos que de otro modo serían confusos e incomprensidos” (Dewey, 2015, p. 12).

Sin embargo, y por la falta justamente de estudios pedagógicos, la educación para Dewey está todavía en su estado “empírico”. La educación empírica se caracteriza por: “la tradición, la reproducción imitativa, la respuesta a las diversas presiones externas, en la que las fuerzas más fuertes ganan, y los dotes, innatos o adquiridos, de los maestros concretos” (Dewey, 2015, p. 9). La idea, como es de suponerse, es llevarla a su estado científico, en donde las prácticas educativas estén cada vez más informadas por teorías robustas de las ciencias.

¿Qué teorías usar? Se pueden vislumbrar dos criterios en la propuesta de Dewey: teorías robustas, con altos niveles de maduración y desarrollo. Dewey se apresura a criticar aquellas políticas que sin más quieren aplicar resultados de investigaciones estadísticas o experimentales pero que no han tenido suficiente tiempo de maduración, crítica y validación (Dewey, 2015, cfr. P. 11). El segundo criterio es la pertinencia para la práctica, dicho de otro modo, sólo la práctica puede determinar la relevancia de una teoría. Afirma Dewey (2015) “ninguna conclusión de la investigación científica puede ser convertida en una norma inmediata del arte educativo, pues no hay ninguna práctica educativa, cualquiera que sea esta, que no sea altamente compleja; es decir: que no contenga otras condiciones y factores que los meramente incluidos en el descubrimiento científico” (p.12).

Las ciencias que son “fuentes” de la ciencia de la educación, no son ciencia de la educación, son “fuentes”. En cambio, el uso de las teorías de esas ciencias para resolver problemas derivados de las prácticas educativas configura la ciencia de la educación. Esto, en los planteamientos de Dewey no logran hacerlo ni los psicólogos ni los sociólogos, ni los filósofos, eso lo hacen los educadores. Pero por lo mismo, la ciencia de la educación no tiene un contenido propio, “no hay ningún contenido intrínsecamente característico, delimitado o reservado -por así decirlo-, de la ciencia de la educación. Cualquier método, hecho o principio de cualquier disciplina, sea la que sea, que permita tratar mejor a los problemas relacionados con la administración y la enseñanza es pertinente” (Dewey, 2015, p. 35). Por supuesto que esto supone un profesional de la educación muy bien formado, capaz de interpretar y analizar las teorías, así como de comprender el sistema educativo y sus diferentes aspectos. Si se considera a los profesores meros “canales de recepción y transmisión” (como desafortunadamente ocurrió con la tecnología educativa de los años 60 u 70 y de lo cual en Colombia no nos recuperamos aún. Ver mi libro 21 voces), las conclusiones de la ciencia “serán gravemente desviadas y distorsionadas antes de que alcancen las mentes de los alumnos” (Dewey, 2015, p. 33).

Este planteamiento influyó mucho en la constitución de las -en plural- ciencias de educación. Mialaret a quien ya hemos hecho mención, traza un panorama de teorías provenientes de la psicología, la economía, la sociología y la filosofía para definir con algún grado de exhaustividad, el contenido de las ciencias de la educación. Muchos docentes son formados en esas teorías, con el ideal deweyniano de que así comprenderán y tomarán decisiones más inteligentes en la práctica educativa haciendo de ella una acción científica. En términos de Dewey:

“El profesional que conoce el sistema y sus leyes está en posesión de un potente instrumento de observación e interpretación de lo que sucede ante él. Este instrumento intelectual afecta a sus actitudes y a sus modos de respuesta en todo lo que hace. Como el grado de comprensión es mayor y más profundo, el profesional puede darse cuenta de consecuencias remotas que originariamente se hallaban ocultas a su vista y eran, por tanto, ignoradas en sus acciones. Se introduce una mayor continuidad: el profesional ya no aísla situaciones y las trata separadamente, tal como estaba obligado a hacer cuando desconocía principios conectores. Al mismo tiempo, **su proceder práctico se vuelve más flexible; viendo más relaciones, también ve más posibilidades, más oportunidades** (negrilla nuestra). Está liberado de seguir la

tradición y los precedentes especiales. Su habilidad de juzgar se ha enriquecido, y puede escoger entre una mayor variedad de alternativas para tratar con las situaciones individuales” (Dewey, 2015, p. 13).

La ciencia de la educación es esta virtud de poner en práctica un mayor y cada vez mejor arsenal teórico para la resolución de problemas siempre singulares. El ideal de un conocimiento del sistema y de sus relaciones puede parecernos esquivo y complicado, pero el acierto en determinar que el papel de las teorías científicas no consiste en uniformizar ni homogeneizar el acto educativo sino de ponerlas al servicio de la interpretación y observación de lo que sucede ante el profesor, es muy relevante para definir a la pedagogía. El conocimiento “debe operar a través de las propias ideas, proyectos, observaciones y juicios de los profesores” de lo contrario afirma Dewey, no pasa de ser “mucho información sociológica” (Dewey, 2015, p. 55).

Si volvemos a esa única mención de los estudios pedagógicos que hace Dewey podemos ver ahora con mayor claridad su objeto: Una mejor práctica educativa. Y si hacemos eco de sus planteamientos podemos afirmar que el método de ese saber es la interpretación adecuada de las teorías para la resolución de problemas prácticos de la enseñanza.

Es esta una posición un tanto distinta a la Durkheim.

Conclusión

En las aproximaciones de Durkheim y Dewey a la pedagogía como saber podemos advertir al menos tres diferencias.

La primera tiene que ver con el objeto: Mientras que para Durkheim la pedagogía es la investigación de las reglas e instituciones que explican las prácticas, para Dewey es la aplicación de las teorías de las ciencias a la práctica educativa. La segunda tiene que ver con la idea de la pedagogía como ciencia: Mientras Durkheim trabaja porque la pedagogía sea considerada una ciencia, para Dewey la ciencia de la educación no tiene en sí misma ningún contenido y es más bien un ámbito de interpretación y aplicación y; por último, la comprensión de la práctica pedagógica: mientras para Durkheim la práctica es expresión y consecuencia de



las costumbres y tradiciones de una cultura, para Dewey es el lugar de la posibilidad de no seguir la tradición y sus inevitables rutinas.

Las diferencias pueden ser comprendidas también desde la diada teoría práctica. Mientras para Durkheim la pedagogía está llamada a ser una teoría explicativa de la educación en la medida en que aclara las costumbres e instituciones que dan origen a las prácticas; para Dewey, la pedagogía es una práctica, más concretamente, el uso de las teorías de las ciencias para comprender mejor las situaciones educativas y, en consecuencia, tomar mejores decisiones, para realizar una práctica inteligente. Los dos autores estudiados se remiten a las prácticas, bien sea para explicarlas bien sea para iluminarlas teóricamente. Ninguno de los dos desconoce el lugar central y fundante que ocupan las prácticas en el saber pedagógico. Para Dewey, por ejemplo, la práctica “es lo primero y lo último; es el principio y el fin: el principio porque establece los problemas que por sí solos dan a las investigaciones el carácter y la calidad educativos; el final, porque sólo la práctica puede probar, verificar, modificar y desarrollar las conclusiones de dichas investigaciones. La posición de las conclusiones científicas -concluye Dewey- es intermedia y auxiliar” (Dewey, 2015, p. 22).

Obras consultadas

- Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (1994). *Historia de la pedagogía*. México: FCE
- Carr, W. (2000). *Una teoría para la educación. Hacia una investigación crítica*. Madrid: Morata.
- Carr, W. (2006). Education without theory. *British Journal of Educational Studies*, 54 (2), 136-159. doi: 10.1111/j.1467-8527.2006.00344.x
- Dewey, J. (2015). *Las fuentes de las ciencias de la educación*. Palamedes libros. Barcelona: España.
- Durkheim, E. (1979). *Educación y sociología*. Editorial Linotipo. Bogotá: Colombia.
- Foucault, Michel (2008), *El gobierno de sí y de los otros*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Gadotti, M. (2002). *Historia de las ideas pedagógicas*. México: siglo XXI
- Herbart, J. (1914) *Pedagogía general derivada del fin de la educación*. Madrid: Ediciones De La Lectura.
- Herrera-González, J. D. (2010). La formación de docentes investigadores: el estatuto científico de la investigación pedagógica. *Magis: Revista Internacional de Investigación en Educación*, 3(5), 53-62.
- Herrera, J. y Martínez, Á. (2018). El saber pedagógico como saber práctico. *Pedagogía y Saberes*, 49, 9-26.

Kemmis, S., Wilkinson, J., Edwards-Groves, C., Hardy, I., Grootenboer, P. y Bristol, L. (2014). *Changing practices, changing education*. Singapore: Springer Singapore. Recuperado de <http://doi.org/10.1007/978-981-4560-47-4>.

Mialaret, G (1985). *Las ciencias de la educación*. UNESCO.

Zuluaga, O. (1999). *Pedagogía e historia*. Bogotá: Siglo del Hombre, Anthropos, Universidad de Antioquia.